

Gregorio Morales

FRANCISCO GIL CRAVIOTO

Fue José Fernández Castro quien, allá por los años ochenta, me presentó a Gregorio Morales. Era un granadino treintaero que vivía en Madrid y trataba de introducirse en el mundillo literario de la capital de España. Fernández Castro me dijo que, en ese momento, era la gran promesa de las letras granadinas. Pero aquella tarde, sentados en el Carmen del Alba frente a la Alhambra, apenas si hablamos. Sólo algunas banalidades sobre la vida madrileña de la época, la política, que estaba al rojo vivo después del intento del golpe de Estado de Tejero, y, ya metidos en los temas granadinos, la nueva carretera de circunvalación que traía de cabeza a Fernández Castro y fue la causa de su enemistad con el alcalde Antonio Jara.

Fue diez años después, ya en la década de los noventa, cuando al volver definitivamente a Granada tras treinta años de ausencia, conocí de verdad a Gregorio Morales. Él, concluida su etapa madrileña, también había vuelto a Granada. Venía ple-tórico de ideas y proyectos y uno de los primeros fue, en el año 94, el Salón de Independientes. Todo un éxi-

to: consiguió que la flor y la nata de las letras madrileñas viniera esos días a Granada. Pero, ¡ay!, aquel ciclo de conferencias y ponencias también fue toda una declaración de guerra respecto a otros grupos literarios de la ciudad y muy especialmente contra los llamados poetas de la experiencia, a los que, cada día con mayor énfasis, el grupo de Morales y Fernando de Villena acusaba de haber convertido las letras granadinas en un coto cerrado al que sólo tenían acceso los poetas de la experiencia. Ellos los designaban con una palabra inolvidable y clave: "escritores apesebrados". El "pesebre" naturalmente eran las instituciones –Ayuntamiento, Diputación, Junta de Andalucía, etc.–, a los que estos escritores se habían adherido como la lapa a la roca. En esos días descubrí una de las características más persistentes del carácter de Gregorio Morales: su capacidad de lucha. Era algo que ya me había anunciado Fernández Castro y que ahora veía confirmarse con mis propios ojos: Gregorio era un hombre batallador y sólo se sentía a sus anchas luchando.

Pero muy pronto demostró que, además de batallador, también era

creador. Su libro 'El Cadáver de Balzac' –toda una apuesta por una literatura de nuevo cuño– así lo proclamaba. Poco después, con el comienzo de siglo, llegó otra de sus grandes hazañas: la creación y lanzamiento de la estética cuántica. Era algo parecido a lo que ya hizo Breton con el surrealismo, pero con una diferencia fundamental: Breton lo hacía desde París, siempre abierta a toda innovación, y Gregorio cometió la temeridad de hacerlo desde Granada, una ciudad pequeña y conservadora. Era fácil adivinar los resultados y las sonrisas de los plumíferos locales. Gregorio no se amilanó en su lucha y siguió contra viento y marea defendiendo su innovadora estética cuántica.

Fue también en esta época cuando escribió sus mejores libros sobre un tema casi tabú en España: el erotismo. Su libro 'Erótica sagrada', además de un clásico en el tema, es ahora una auténtica joya de biblioteca.

Pocos años después lo tuve de alumno de francés. Gregorio tenía que presentar una ponencia en una universidad francesa y, como su francés dejaba bastante que desear, me buscó a mí para mejorarlo. Teníamos, tres veces por semana, una hora de conversación en una cafetería y, en un mes, hizo avances increíbles. Fue en estas charlas en francés en las que acabé por conocer los últimos recovecos de su personalidad compleja, innovadora e imposible de resumir en las líneas de un artículo. Descanse para siempre en paz.